Hipponensis Episcopus, quorum vestigiis inhaerendo tibi munus imponendum duxisti sacros codices et veterum Patrum noctua et diurna manu evolvendi, conspiciendi et rimandi. Jam te tenet alma Deiparens, et placidissimo vultu tibi arridet. Quid plura? Sacerdos in aeternum et aeternus Pastor, qui pro ovibus mortuus est, jam te ejusdem sacerdotii consortem, et qui pro ovibus nullum non subisti laborem, tenet; et cum in terra positus super custodiam et super munitionem steteris, et contemplareris ut videres quid tibi diceretur, jam te tenet in coelesti sede locatum universorum Pastor et Dominus.

Vae mihi misero! Magnum sui desiderium et vobis et mihi. Illmus. Petrus relinquit; et frustra mihi tenendum putavi, solamen aliquod orationem meam posse vobis afferre. Antequam, etsi invenusta, verba facerem, forsitan non tanta qualis nunc, Petri jactura videretur. Indulgete ergo lacrymis, et pio precum officio ejus funus commitamini: forsan et ille sedulissimus Pastor qui corda hominum et cogitationes scrutatur et numerat, forsam inquam inter bona vitae longaevae merita nostri dilectissimi Antistitis, aliquid a se arguendum invenit, quod piacularibus flammis comburendum esse duxerit. Nostrum est igitur palmas ad coelum tendere, et ad Deum preces fundere, ut quantocius a piaculis solvatur, et in pace sempiterna requiescat.

Tomada razón.

ORACION FUNEBRE

DEL

ILLMO. SR. DR. D. PEDRO ESPINOSA,

DIGNISIMO

PRIMER ARZOBISPO DE ESTA METROPOLI,

Pronunciada por el Canónigo

Don Florencio Parga,

EN LAS

SOLEMNES EXEQUIAS VERIFICADAS EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE GUADALAJARA, EL 28 DE FEBRERO DE 1876, CON MOTIVO DE LA TRASLACION

DE LOS RESTOS MORTALES DE AQUEL ILLMO. PASTOR.

DE MEXICO

A ESTA CAPITAL.

Ambulavit in conspectu tuo, in veritate, et justitia, et recto corde.
Reg. Libr. III, c. 3.

"Ahora, y por toda la eternidad, sea bendito el nombre del Señor!"

¿Cómo no me ha de ser justo, señores, el que la oracion fúnebre que intento pronunciar, comience por una palabra de bendiciones y de gracias á Dios, que es quien ha vencido las dificultades que por espacio de mas de nueve años no habian dejado que poseyésemos los restos mortales de una persona tan venerada y tan querida de esta santa Iglesia Metropolitana, y de este pueblo fiel aquí presente, cual lo fué la del Illmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Pedro Espisa, primer Arzobispo de Guadalajara, muerto lejos de nosotros, en la capital de nuestra República? A mí me ha sucedido, y creo que tambien á vosotros, que al ver levantarse ese gran catafalco, y pasear mis miradas por esos lúgubres objetos, y oir esos cánticos y esas preces tristísimas de la Iglesia; mi espíritu, antes de buscar las santas cenizas que ahí están depositadas, para humedecerlas con

mis lágrimas, ha buscado mas allá, infinitamente mas allá de ese monumento, ha buscado á Dios, para decirle que sea alabado y ensalzado eternamente, porque al fin nos devuelve al que un dia fué el ornamento, y la gloria, y el pontífice de Guadalajara, semejante al de que habla la Escritura santa: *Innocens, impollutus, segregatus, a peccatoribus;* y nos lo devuelve muerto, es verdad, á los ojos materiales y terrenos; pero vivo aún en nuestra memoria y en nuestro corazon, y vivo, sobre todo, ahora y siempre, en las moradas de Dios.

Los que de este ó aquel modo han intervenido en estas honras, que la Religion consagra á sus hijos esclarecidos, y en que estén aquí esos despojos mortales, traidos digna y respetuosamente, desde el lugar lejano en que habian quedado en guarda, no tienen ni quieren para sí mas parte en esta obra, lo sé, que la de instrumentos de Dios. Todo es obra de El. Con eso están satisfechos y con haber llenado un deber de gratitud y de amor filial. Gracias á Dios, sí, porque están ya cumplidos los deseos de todos, y muy especialmente los del Venerable Cabildo de esta Metrópoli. Todos hacian votos á Dios por no carecer mas tiempo de la gloria de que reposara ese ilustre difunto en esta tierra y bajo estas bóvedas, y Dios ha oido las súplicas de su pueblo, y su pueblo, antes de entregar á la fosa ese cadáver, viene, en inmenso concurso, á orar y á tributar los homenajes debidos á los varones glorio-

sos que mueren en el ósculo del Señor, como dice el texto sagrado.

Ahora, señores, que ya elevé á Dios mis primeras palabras, he cobrado aliento para acercarme á contemplar y remover respetuosamente esas cenizas. La Religion va á guiarme: á ella pediré sus inspiraciones y su enseñanza. Desde luego ella me dice que el elogio de los muertos, debe tener por mira una saludable leccion á los vivos, y yo procuraré no desviarme de la sábia máxima de la Religion. Confieso que en mas de un instante me he sentido desfallecer, abrumado ante la grave importancia del encargo con que vengo á esta cátedra sagrada; porque veo bien que todo está aquí á la altura de la gran ceremonia que os ha reunido en este magestuoso recinto: todo, menos el que va á servir de intérprete á vuestros sentimientos. No falta aquí sino una voz elocuente, poderosa y robusta, que desde este sitio diera nueva vida, diré así, al Illmo. Sr. Espinosa, y os lo presentara como en realidad fué: "amado de Dios y de los hombres, y marchando siempre en presencia del Señor por el camino de la verdad, de la justicia, de la rectitud y sencillez de corazon." *Ambulavit.....*

Pero sobre mi debilidad y pequeñez, está mi fé, que cuando es firme y grande, sé que lo puede todo, hasta trasladar las montañas, y sobre mi fé está el Dios de las ciencias, de toda luz, y de toda gracia; y por eso héme aquí confiado y tranquilo. Dios sa-

be que he subido al púlpito, con ánimo de alabar las virtudes y los hechos que El mismo inspiró, y de no profanar este lugar con ninguna exageracion, con ninguna mentira. Siendo así, fuerza es que Dios esté conmigo y me preste su ayuda. El hombre que voy á encomiar, amó tanto la verdad, que si me atreviera á manchar mis lábios con alguna falsedad, yo temeria que al instante se alzara de su túmulo para imponerme silencio. No perturbaré, no, su reposo, ni ofenderé á Dios.

No necesito, por otra parte, sino de la verdad simple y desnuda. Los dias de ese hombre ilustre se deslizaron tan dulce y santamente, y están llenos de tan hermosos rasgos, que bastará señalarlos en su natural sencillez, sin vanos adornos ni artificios, para causar un vivo interes é inspirar un noble deseo de imitarlos cuanto es posible.

"Anduvo en presencia del Señor el camino de la verdad, de la justicia, y de la rectitud de corazon." *Ambulavit*..... Eso es lo que voy, mejor que á demostrar, porque es notorio, á recordaros, señores. Las palabras sagradas que acabais de escuchar, convienen, con la mas rigorosa exactitud, al Sr. Espinosa: ellas solas forman su mas grande elogio, pues expresan, en resúmen, todo lo que fué, y son como la clave de toda su vida, el móvil de todas sus acciones, y la razon de su carácter, cuyas bases eran una piedad y una caridad acendradas y fervientes hasta un grado heróico. Ah! Parécele á mi alma que

lee esa sentencia divina sobre todo ese fúnebre aparato, levantado por los hombres! En mas breves palabras: el Sr. Espinosa fué un verdadero sábio, un sacerdote lleno de piedad, y un obispo esclarecido y dignísimo, segun el corazon de Dios.

Tócame ahora desarrollar mis aserciones, y lo haré descendiendo ya á la narracion de los hechos mas salientes de ese Ilustrísimo Prelado. Sea todo á mayor gloria de Dios.

I

Si Tepic tiene la gloria de haber sido el lugar de la cuna del Illmo. Sr. Espinosa, Guadalajara la tiene mayor aún por haber sido el lugar de su educacion y de su brillantísima carrera. Nació á fines del pasado siglo, en 29 de Junio de 1793, de padres cristianos y buenos: ignoro si descendia de familia rica ó pobre, alta ó humilde, ni he tratado de saberlo, porque eso es indiferente para el orador que quiere hablar conforme al espíritu de la Iglesia. En la Iglesia de Dios, poco ó nada valen las grandezas ni las glorias humanas: no merece para ella alabanzas otra nobleza que la del alma: la de la sangre y de la carne, por excelsa que la juzgue el mundo, es nada mas que vanidad de vanidades. No es grande ni es exaltado ante la Iglesia, sino el que es humilde, ni es rico, sino el que posee un tesoro de virtudes, ni es poderoso sino el que ora. Puede hacer ella Soberano Pontífice de Roma al último de los hijos del

pueblo, y puede tambien lanzar de su seno, por indigno y miserable, al hijo de cien reyes. ¿Qué me importa, pues, saber del Sr. Espinosa, sino lo que todos sabemos, y es, que pertenecia, como la de Aaron, á una familia privilegiada del cielo y admirada de los hombres, en la cual nuestro Obispo tenia cinco hermanos sacerdotes, distinguidos por su saber y virtudes, y dos hermanas, esposas de Jesucristo?

Fácil es imaginarse lo que desde sus primeros años seria el hombre cuya pérdida lamentamos. Nacido en tiempos de tanta fé, de tanta piedad y sencillez de costumbres; criado entre personas, modelos de honradez y de virtud, y dotado él mismo de las mas bellas inclinaciones; natural era que esto, y los buenos ejemplos que sin cesar veia, y las divinas máximas que los autores de sus dias grababan en aquel tierno corazon, lo predispusieran á esa piedad tan grande y tan sincera, que fué siempre su rasgo mas característico, y á formar ese fondo de sencillez y pureza angelical, nunca desmentidas en los muchos años de vida que le concedió el Señor. El Evangelio quiere que la candidez de la paloma y la sencillez del niño, sean las cualidades del hombre que desea conquistar el reino de los cielos; y el Sr. Espinosa fué el hombre que retrata ese Libro divino: lo fué, sí, por completo, porque á su sencillez estaban unidas esa prudencia y viveza de espíritu de que habla tambien el Evangelio.

Era una de esas almas superiores que pocas veces se ven sobre la tierra, y en las cuales corren parejas un pensamiento levantado, que todo lo analiza y lo comprende, y un corazon en que no cabe ninguna malicia ni ninguna innoble pasion.

La Providencia, que tenia grandes miras sobre él, lo condujo al seminario de Guadalajara, y allí fué cultivada su inteligencia con exquisito cuidado, como una planta en flor, que promete ópimos frutos; y allí edificaba y atraia á todos con el aroma de sus virtudes; y allí llenaba de satisfaccion y de asombro á sus maestros, por sus progresos y la brillantez de sus talentos.

Yo no puedo, señores, seguirlo paso á paso en su carrera literaria, ni mostraros uno á uno los lauros de que fué coronado, porque es muy breve el tiempo que aquí me es dado hablar, y es muy estrecho el círculo en que tengo que moverme: no olvido, además, que no es una biografía la que debo trazar, sino una oracion que por su propia naturaleza me lleva velozmente por ese dilatado campo en que veo por todas partes al Sr. Espinosa, para que yo llegue, cuanto antes, á la contemplacion de sucesos de otro género y de otra edad. Mis propios deseos, fuera de esto, me impelen con vehemencia hácia él, para considerarlo como yo lo conocí, pues me cuesta mucho trabajo representármelo de otro modo que como un anciano de noble, venerable y simpático aspecto, en

quien se trasparentaba la belleza del hombre interior; y anciano que un dia, puesto yo de rodillas, ungió mis manos con el óleo santo, me admitió, á pesar de mi nada, entre los obreros del Evangelio, y me colmó de favores. Desde el cielo está viendo cuán grata me es su memoria!

Es preciso, por tanto, abreviar. Limítome, señores, á agrupar las cosas, diciendo: que era muy jóven aun el Sr. Espinosa, y ya habia andado y recorrido, en diversas direcciones, el camino de la virtud, de la verdad y de la ciencia. Si por su virtud queria ser en todas partes el último, no sucedia de hecho así, sino lo que dice el Evangelio: El último será el primero. Por su mérito y su ciencia estaba en todas partes en primera línea. Ora se le señalaba entre todos sus concolegas, para que una y dos veces pronunciara la Oracion latina con que el seminario da principio á su año escolar; ora para la panegírica de santo Tamás de Aquino; ora se le nombraba en el mismo colegio, presidente de academias de Teología, y ora para que sustentara el acto literario de esa misma facultad, dedicado á su Illmo. Obispo. La Universidad, por su parte, le confió la cátedra de Sagrada Escritura y le confirió los grados mayores de Teología escolástica, con unánime aprobacion y aplauso del claustro de doctores. El Prelado diocesano, asimismo, lo nombró catedrático de filosofía moral, primero, y despues de Teología dogmática, en el seminario. Co-

mo nadie mejor que el Illmo. Sr. Cabañas conocia el valer del Sr. Espinosa, despues de elevarlo al sacerdocio y de tenerlo á su lado como familiar, por espacio de siete años, le dió las comisiones mas honoríficas é importantes: ya le encargaba la direccion del colegio clerical; ya la del de niñas de San Diego; ya lo nombraba promotor de la fé; ya visitador de las parroquias y de los establecimientos de enseñanza, y ya, en fin, utilizaba de mil modos, las relevantes dotes y la vasta instruccion de ese hombre eminente.

Yo no hablaria aquí del Sr. Espinosa, como sábio, en toda la acepcion de la palabra, si su sabiduría hubiera sido esa que de tal califica, y de la cual tanto gusta, el mundo; esa que siendo profana absolutamente en sus fuentes, y bastarda en sus miras y en sus fines, podrá acarrear sobre quien la posea cuanta gloria humana se quiera; pero la gloria humana, ¿qué es, en suma, sino humo que bien pronto disipa el viento? La Iglesia católica solo puede aproximarse al borde de una tumba, y elogiar con su acento inmortal, cuando el que allí descansa alcanzó esa sabiduría de que hablan las divinas Letras, la que viene de lo alto de los cielos, la que emana del Padre de las luces: *Sapientia desursum descendens:* únicamente entonces canta la Religion, en honra del sábio, las magníficas palabras de los Proverbios: Loor á tí, porque la sabiduría te ha

exaltado: ella te cubrirá de gloria imperecedera: *Exaltavit te sapientia; glorificaberis ab ea.*

Tal fué la sabiduría que anheló con tanto ardor y consiguió el Sr. Espinosa. Justo es, por tanto, que hagamos hoy mencion de ella. Su espíritu, naturalmente recto y elevado, halló que solo la verdad católica satisfacia las infinitas aspiraciones de su inteligencia, y que solo la verdad católica puede hacer la felicidad temporal y eterna de los hombres y de los pueblos. De aquí, en primer lugar, su amor sin límites á la Iglesia, y de aquí, en seguida, el que le consagrara todas sus vigilias, toda su vida, buscando en la misma Iglesia la ciencia de Dios, para defenderla y propagar sus salvadores principios por todas partes.

Esto explica su pasion vehementísima por el estudio. ¿Sabeis lo que buscaba al remover cuidadosamente dia y noche, esos monumentos literarios de la antigüedad cristiana, que hoy poco conoce, ni tiene fuerzas para tocar siquiera, una generacion ligera y superficial, á pesar de que son las obras mas gicantescas del talento humano? Buscaba para su inteligencia y su corazon los inmensos tesoros que allí se encuentran, mas ricos que el oro y las piedras preciosas, y buscaba las armas del mejor temple que allí se guardan, sin empañarse ni romperse nunca, para sostener con ellas la verdad del Catolicismo. En los Padres de la Iglesia, en los Concilios, en la Historia, y sobre todo, en la santa

Escritura, bebió á raudales ese profundo saber de que dió tantas muestras, y que le alcanzó un renombre tan alto entre sus contemporáneos. El, empero, no buscaba nombradía ninguna. ¡Oh no! Su alma jamás abrigó el deseo de la celebridad, ni el de su engrandecimiento personal: sus deseos, su ambicion eran mas elevados y mas grandes que los mas altos puestos de la tierra: queria ganar un reino, el reino de los cielos, luchando el buen combate de que hablan los Libros santos, y conquistando almas para Jesucristo. A fin de apartarlas del error, oireis del Sr. Espinosa que, como *centinela de Israel, jamás tomado por el sueño*, levanta mejor que nadie su voz en lo mas recio de toda batalla, sostenida por los defensores de la fé.

Allá en lejanos días, observa que, en medio de una sociedad como la nuestra, eminentemente religiosa, comienzan á propalarse por ciertos espíritus turbulentos y mal intencionados, las perniciosas doctrinas que habian poco antes derrumbado tronos, altares é instituciones en la vieja Europa y sembrado su suelo de cadáveres, de indecible desolacion y de toda especie de males; y al punto se pone, el Sr. Espinosa, al frente del "Defensor de la Religion," semanario católico, en que campean la lucidez y la fuerza incontrastable de los razonamientos, el acento de la conviccion y de la verdad, los mas sólidos y vastos conocimientos, y sobre todo, el espíritu de energía y de caridad que exije la